



El Teléfono



Año VI—Núm. 770

PUBLICACIÓN INDEPENDIENTE

Administrador: JOSÉ R. GOROSTIZAGA

Nuestro agente para avisos y publicaciones de Francia, es el señor don ALBERTO LORETTE, Director de la Société Mutuelle de Publicité, 61 Rue Caumartin París

Administración de "El Teléfono"

Se previene que los originales que se remitan a la imprenta no serán devueltos, publíquense o no.

Así mismo se hace saber que toda publicación quedará a juicio de la redacción no revista verdadero interés público, se regirá por el precio de tarifa.

Octubre 8 de 1895.

EL TELÉFONO

Mercedes, Octubre 17 de 1895

UN CRIMEN EN ALTA MAR

EN EL VAPOR URUGUAY

TRES VÍCTIMAS—MARIANO FRANZESE—UNA LUCHA A BORDO—RELATO DEL SEGUNDO COMANDANTE—LA FAMILIA SPERANZA—ENTREVISTA CON EL CRIMINAL.

(De La Nación de Buenos Aires)

El 14 de Septiembre nos embarcamos a bordo del Uruguay.

El hombre aquel era uno de los pasajeros de tercera clase.

Durante los primeros días, si bien no trabamos amistad, no dejábamos, sin embargo, de conversar con él. Pero jamás volvió a repetir la extraña pregunta que me hiciera en ferrocarril.

Asimismo, cada día parecía más hurano.

El día 25 se me presentó y con aire sombrío me dijo que alguien lo había delatado al comandante, y que iba a matar al que lo había traicionado. Que era cierto que en Italia había inferido puñaladas a su propia mujer y a un amigo; que había logrado escapar, pero que se lo habían contado todo al capitán del Uruguay, y que al llegar a Buenos Aires éste lo iba a entregar a las autoridades; pero que antes iba a matar al que lo había denunciado.

Asombrado, le contesté que no tenía nada que ver con todo eso; que ni siquiera sabía que hubiese cometido un crimen en Italia, y que en todo caso no era ni yo ni nadie de mi familia quien lo había denunciado.

El 27, a las seis y media de la mañana, mi hijo, Rafael, se estaba lavando la cara. Franzese se acercó a él y le alar gó la mano en señal de amistad.

—Si, finze di fargli una grandezza, interrumpió Egilda Speranza, que presenciaba nuestra entrevista con su padre.

Mi hijo, como era natural, le dió también la mano. Entonces Franzese, asiendo a él por el pescuezo, lo arrojó al suelo y le hundió el cuchillo en la espalda.

Mi mujer, que había presenciado la escena, se lanzó a gritar:

Han muerto a mi hijo; han muerto a mi hijo.

Al mismo tiempo se precipitó en su ayuda, recibiendo las heridas que Vd. ya conoce.

Yo me hallaba entonces sobre cubierta. Al oír los gritos y creyendo reconocer la voz de mi mujer, bajé apresuradamente, recibiendo numerosas heridas, que me han de inutilizar por mucho tiempo.

Si no hemos muerto, lo debemos al valor del comandante y de los marineros del Uruguay y a los buenos cuidados del médico de a bordo, doctor Ollé.

Pascual Speranza nos refirió luego las diversas peripecias de la captura de Franzese. Su relato resultó idéntico al que nos hiciera el segundo comandante.

Pasamos luego a ver al criminal, a Marino Franzese.

Marino Franzese

Un pequeño departamento a proa, que sirve de almacén para cordajes, está situado al nivel del entrepuente. Se llega a él bajando una escalera de madera de diez gradas. Una tapa de madera en caja herméticamente en la abertura.

Con grillos en los pies, esposas en las

manos, y cuerdas que pasadas por sus hombros lo sujetan a la pared, tendido en un colchón de paja, envuelto en un coberter de lana gris, está Marino Franzese.

Un torso de atleta, velludo, brazos de musculatura de hierro, las manos negras de un herrero.

Parece alto, de estatura. Tiene una cabellera espesa, hirsuta, negra. Barba larga. Los ojos oscuros, de mirada falsa, mala.

En general, aspecto repugnante. Tiene los pies envueltos en vendas, pues por dos veces ya ha intentado fugarse.

A su lado hay un tarro lleno de sopa y una cuchara, y también una vasija lata con agua.

Una hora después de cometido su crimen, pidió de comer.

Parece hurano, ensimismado.

Le preguntamos su nombre, su edad. Apenas si nos contestó. Procuramos saber cuál era su profesión en Italia; pero guardó silencio.

—Es cierto que en Italia V. dió de puñaladas a su mujer y a un amigo?

—A un amigo, no, a un compañero.

Nos extrañó esa sutileza en querer diferenciar a un amigo de un compañero. Pero no paramos mientes en ello y proseguimos.

—¿Por qué cometió V. aquello a bordo? ¿No sabía V. que lo iban a aprehender en el acto?

—La testa... pazzo, nos contestó.

Luego, mirando al segundo comandante que nos acompañaba, le dijo:

—Suelteme V. un poco. Estoy muy mal así. No me puedo mover.

—En peor condición, le dijimos, están aquellos a quienes V. hirió.

Nos miró con cierto aire desdenoso, se encogió de hombros, tomó la cuchara... y se puso tranquilamente a comer, su sopa.

Después rehusó formalmente contestar a nuestras preguntas. De tiempo en tiempo invocó a la Madonna y besa un anillo que lleva en el dedo meñique.

Salimos del calabozo de Marino Franzese profundamente impresionados por su aspecto, y sobre todo por su impasibilidad.

En su espíritu no hay lugar para el remordimiento. Una sola idea persiste, tenaz, enloquecedora: el temor al castigo.

Según parece y nos lo dijo el segundo comandante, no se arrepiente de haber herido cruelmente a tres personas; pero si tiembla ante la idea de que lo vayan a castigar por haber amenazado al comandante.

Entrevista con los heridos

Se llaman, como lo hemos dicho, Pasquale Speranza, Emanuela su mujer, Rafael y Egilda sus hijos.

El padre tiene tres heridas en la mano derecha, una arriba del ojo izquierdo, otra en la mejilla izquierda, y además una herida, muy ancha y profunda en el pecho.

El hijo tiene cuatro heridas en el brazo izquierdo y en el pecho, y dos en la espalda, de bastante gravedad.

La madre tres, en el seno izquierdo y en el brazo.

La hija, desde el primer momento consiguió huir y esconderse.

Los Speranza parecen ser gente de bien. Venían a Buenos Aires a establecerse.

Preguntamos a Pasquale Speranza cómo había ocurrido el hecho.

El 13 de Septiembre, señor, nos dijo, dejamos Marsella en ferrocarril con el fin de hallarnos al día siguiente por la mañana en Burdeos para embarcarnos en el Uruguay.

Viajábamos en tercera clase. Los vagones de tercera en Francia, están divididos en varios departamentos separados unos de otros por tabiques de poca altura que permiten a los viajeros de un departamento oír lo que se dice en el departamento vecino.

Nosotros, sentados en el nuestro, de partíamos sobre el viaje y sobre lo que podía esperarnos en América.

En esto, se nos presentó un individuo a quien no conocíamos, el que pasando por encima del tabique vino a sentarse a mi lado, diciéndome que, puesto que yo era italiano, tenía algo que preguntarme.

Le contesté que estaba a sus órdenes.

Entonces con aire misterioso, extrajo, que me llamó la atención, me preguntó si era posible que alguien que hubiera cometido algún delito en Italia,

lo aprehendiesen las autoridades francesas o luego las argentinas.

Me extrañó la pregunta, y le contesté que no sabía.

El hombre se fué, volviendo a su departamento.

Elena Parson Horne, matadora de Angel Petraglia Botti

EL PROCESO—FALLO ABSOLUTORIO

Nuestros lectores recordarán seguramente el trágico suceso ocurrido hace algo más de un año en la ciudad de Buenos Ayres y en el cual fué principal protagonista la señorita Elena Parson Horne, que en un momento irresistible de arrebatado, de justa indignación, armó su brazo y dió muerte a Angel Petraglia Botti que villanamente mansillara su honra y delicadeza de mujer.

El largo proceso, después de un año y pico de tramitaciones e incidentes ha sido fallado por el juez del crimen de la capital federal doctor Ernesto Madero quien absuelve de culpa y pena así a la procesada como a su padre el señor Carlos G. Parson, acusado como cómplice del desgraciado drama que tanto ha llamado la atención pública.

He aquí los considerandos de la sentencia y el fallo del juez:

1º. Que está comprobado la existencia del cuerpo del delito según el certificado de defunción de Angel Petraglia Botti y el certificado médico de f. 34, habiendo confesado la procesada Elena Parson Horne ser ella la autora del homicidio.

2º. Que también está comprobado en autos que Angel Petraglia Botti hizo a Elena requisiciones amorosas deshonestas, que fueron rechazadas por ésta y que a causa de este rechazo, Angel Petraglia dirigió al padre de Elena el anónimo de f. 21, en el cual, a nombre de sentimientos de pretendida nobleza le denuncia que su hija mantiene relaciones carnales con diversos alumnos del colegio, a cuyo hecho atribuye los inconvenientes de la marcha del establecimiento; denuncia que es reiterada de viva voz por Petraglia al día siguiente, en la conversación que tuvo con el padre de la procesada en presencia del profesor Rivas al entregarle el anónimo que pensaba dirigirla (f. 23).

3º. Considerando que Elena Parson es una joven de 18 años de edad, hija de padres honestos y cultos, que han mantenido buena reputación social en la sociedad distinguida de la República Oriental, siendo también Elena honesta y culta, como lo establecen las constancias del proceso, sin que se haya probado, ni intentado probar acto alguno de la procesada que pudiera amenguar su prestigio de mujer de buena sociedad.

4º. Considerando que Elena Parson es hija de padres sin fortuna, que viven de su trabajo personal, al que cooperaba la misma Elena en el colegio de sus padres.

5º. Considerando que Elena estaba ligada por compromiso matrimonial con un caballero de respetable familia y posición social en esta sociedad.

6º. Que el anónimo recibido el día 3 de Agosto causó una profunda perturbación en el seno de la familia Parson, demostrada por las dudas que el padre llegó a abrigar acerca de la honestidad de su hija y por el acto de penosísima prueba a que ésta se sometió para demostrar al autor de sus dudas. Si ese anónimo y sus primeras consecuencias hubiesen quedado ocultas a la mirada extraña, no habría él producido para Elena otras consecuencias que la de la profunda pena causada por la calumnia inferida a su honor, reagravada por las dudas de su propio padre. Pero la reiteración verbal de la imputación producida directamente por Petraglia ante su padre, al cual ofrecía, en presencia de un testigo, la prueba de su denuncia, sacó el hecho del terreno de la reserva, para hacerlo público entre los empleados del colegio primero y entre las relaciones de la familia. Parson después. Desde este momento Elena debió creerse perdida en el concepto público, por que las calumnias a la honestidad de las mujeres son de las que hacen fácil camino en el espíritu humano, siempre más dispuestas a creer en los errores que en las virtudes de la mujer.

Desde este momento también debió verse Elena sacrificada en los más ca-

ros ideales de su existencia: como prometida esposa, roto el vínculo de su compromiso, desde que podía creer que su mano, ofendida por las sombras de la sospecha, sería quizás rehusada por su prometido; como mujer, entregado su porvenir al solo amparo de sus débiles fuerzas para el trabajo; como doncella, quizás excluida del núcleo social que antes habíala acogido con afecto a nombre de su cumplida moralidad y cultura.

Por otra parte, los hechos de Petraglia son de aquellos que la conciencia humana considera aun entre los crímenes como de los más bajamente depravados que el hombre pueda producir.

La honestidad de la mujer forma la primordial base del hogar cristiano. Ampararla por la acción de la justicia y los respetos humanos es actuar en el sentido de la conservación del orden social.

Por esto es que la ley condena severamente toda agresión a la honestidad, que hiere la fibra más sensible del hombre civilizado y arroja la amargura eterna al hogar.

Los anónimos de Petraglia y su ofrecimiento ofensivo de pruebas de la deshonestedad de Elena, después de rechazadas por ésta sus insinuaciones amorosas inmorales, representan el hecho de más baja inmoralidad que un hombre instruido como Petraglia pueda producir.

Estos hechos, y las reflexiones a que ha debido entregarse Elena como consecuencia de ellos y la honda depravación que los mismos revelan en el agente, han debido producir en la procesada una perturbación de ánimo tan profunda que hay motivo para creerla similar de la demencia.

Sostiene la acusación que la calumnia no da derecho a matar como la agresión a la existencia.—Es verdad.—Pero la agresión al honor susceptible de la mujer, que por la calumnia le arranca, con la tranquilidad de la existencia, su porvenir y su posición social, es bastante para producir la entera perturbación del alma y conducir al instinto de la defensa, a la muerte del agresor.

Producido el homicidio en el mismo día en que se produjo la ratificación por Petraglia del primer anónimo, es indudable que la procesada obró bajo una impulsión irresistible que dominó su espíritu.

No se puede pretender que sólo es pasible de la pena de calumnia aquel que solicita *adulterpudinen* sus hijas y esposas y lance sus nombres al escarnio y al deshonor cuando se ha rechazado la menguada pretensión.

El padre o hermano que mata al que encuentra yaciendo con su hija o hermana menor de quince años, está exento de pena por la ley, porque está considerado que el hecho importa una provocación tan violenta que merece su indulto.

El hecho de Petraglia, importa una provocación mayor respecto de Elena Parson.

La justicia, intérprete de la ley, debe también indultar a ésta.

7º. Respecto de Carlos G. Parson que no existe en la causa prueba directa alguna de su participación anterior o simultánea en el homicidio de Angel Petraglia Botti.

Por estas consideraciones, de acuerdo con la disposición del art. 81 incisos 1º y 5º del código penal, y conforme al dictamen del agente fiscal y lo alegado y sostenido por los defensores de los procesados, fallo la presente causa absolviendo de culpa y cargo a los procesados Elena Parson Horne y Carlos G. Parson con declaración de que la formación del proceso no afecta el buen nombre y honor de que ellos pudieran gozar.

—Ernesto Madero.

La señorita Elena Parson Horne saldrá en libertad bajo fianza pues la sentencia ha sido apelada por la parte de Petraglia.

Del señor Presidente de la Junta

Cúlpese así mismo el señor presidente de la Junta doctor Milans Zabaleta el error de que se queja en la carta que publicamos en seguida.

Si de su telegrama al Ministro de Gobierno se hubiese informado a la prensa local, para lo que no había inconveniente alguno desde que se refería a un asunto de interés general, no habríamos tenido mas que una palabra de aprobación para sus procedimientos, al mismo tiempo que se hubiese evitado la ob-

servancia que formulamos en nuestro artículo del martes.

Mas indicado estaba ese procedimiento por cuanto nosotros continuamente requeríamos de la secretaría informes sobre las causas que tenían paralizada la acción de la Junta, obteniendo por única contestación que no había número para celebrar sesión por estar ausente el señor Centurion.—Nada se nos dijo del telegrama del cual recién hemos tenido conocimiento por la carta del Dr. Milans Zabaleta.

Por lo demás nuestro artículo, no encierra una censura al señor presidente de la Junta, como este lo afirma en su carta. Nos quejábamos de la inercia de la corporación, censurábamos a los municipales que la motivaban y apuntábamos el remedio que tenía en sus manos: el señor presidente y del cual se anticipó a hacer uso, si bien sin resultado.

He aquí, ahora, la carta de que hemos hecho antes referencia:

Señor Redactor de EL TELÉFONO.

Muy señor mío:—No está Vd. en lo cierto cuando asegura en el último número de su periódico que yo he descuidado los intereses municipales que tengo a mi cargo, pues el 5 del pasado Setiembre di cuenta por telegrama al Excmo. señor Ministro de Gobierno de la situación en que se encontraba la Junta, y le pedía autorización para convocar al suplente del Dr. Perea a fin de poder celebrar sesión y despachar los asuntos urgentes.

Como no recibiese contestación a dicho telegrama y no hubiese número para poder celebrar sesión, esta ha sido la causa de la paralización de los asuntos que se transitan ante esta Corporación.

Le doy a Vd. estos datos a fin de que se sirva rectificar su erróneo juicio agra decidiéndoselo desde ya S. S.—Francisco Milans Zabaleta.—Despacho, Octubre 16 de 1895.

Lanas y maíz

ÚLTIMAS NOTICIAS DE EUROPA

LONDRES, 14.—El sábado ha terminado la quinta serie de remates de lanas coloniales.

Se han vendido 223.000 fardos. En los catálogos figuraban 204.000 al comenzar estos remates.

Comparados los precios de clausura con los de apertura de estas ventas, resulta una ventaja de 10 a 15 %.

Los precios, además, han cerrado firmes.

La competencia ha sido grande entre los compradores, y el número de éstos bastante considerable.

Según el *Statist*, las lanas han de subir más aun. Además, el mismo periódico augura que en los dos años próximos habrá escasez de este textil.

LONDRES, 14.—Un cargamento de maíz del Río de la Plata, a flote un buque de vela, ha sido ofrecido a 15 chelines 6 peniques el cuarter. La oferta ha sido rehusada.

El alférez Callorda

SANTIAGO DE CHILE, sábado 12.—Noticia llegada recientemente de los Andes anuncia que el alférez uruguayo Adrian Cayorda llegó hoy a ese pueblo, siendo aclamado con entusiasmo por la concurrencia que asistió a la estación. Empezó viaje a Santiago donde espárasele esta noche. La juventud y la clase obrera le hará una manifestación. Callorda viaja solo.

—A última hora el alférez Callorda postergó su viaje a Santiago. Quedará en Los Andes hasta el domingo a lunes.

Con relación a este mismo oficial dice lo siguiente un diario montevideo:

El subteniente Callorda se ha ido a Chile cuando el gobierno le había anticipado tres meses de pensión para que estudiase en Europa. Dias antes de aquel en que debía tomar el vapor, estuvo en el ministerio de relaciones donde declaró que iba a residir en Valladolid.

VARIAS

Ganado. Desde hace algunos dias el acreditado tropero señor Tihista esta pasando en el paso del Correntino, en el Rio Negro, un importante lote de ga-

